

EN PROFUNDIDAD

Ojo, señor Aznar

Fernando Vizcaino Casas

El triunfo del Partido Popular en las últimas elecciones generales, fue apabullante. Su mayoría absoluta demostró la confianza que el pueblo español renovaba en José María Aznar, pero también, y este dato no puede omitirse, la reiteración en el rechazo masivo a la tortuosa política socialista, que a lo largo de doce años de gobernación había defraudado todas las esperanzas, arruinando la economía, llevando las cifras de paro hasta más allá de los tres millones y propiciando unas corruptelas sin precedentes en la historia de España. Muy líricamente lo ha resumido Antonio García Trevijano: "En los establos de González sólo germinaban ya las flores de la corrupción".

Contrariamente a tan lamentables hábitos políticos, el señor Aznar durante su primer cuatrienio como presidente del Gobierno había acreditado una absoluta honestidad en la gestión pública, disminuyendo el déficit del Estado y estabilizando la economía de modo que nuestro país pudo cumplir todos los requisitos de Maastricht. Disminuyó sensiblemente el desempleo y, sobre todo, devolvió a los ciudadanos ilusiones y afanes que tuvieron perdidos a lo largo del penoso periodo felipista. Y ello, pese a gobernar hipotecado por sus compromisos con el señor Pujol, de cuyos votos era tributario al carecer de mayoría absoluta.

Cuando hace dos años obtuvo ésta pudo ya manejar los destinos de España sin cortapisas ni limitaciones; enteramente a su aire. Es evidente que desde entonces ha conseguido éxitos importantes y aunque su famosa afirmación "España va bien" sería más exacto reducirla a "España va bastante bien", el balance de su gestión resulta mayormente positivo.

Sin embargo, y al decir de las encuestas, la adhesión a su partido y la estimación de su persona van últimamente en descenso. Hay una razón histórica, el desgaste que siempre supone el poder. Pero sin duda algunas otras, que quizá don José María, víctima como sus antecesores del "síndrome de la Moncloa" no quiere aceptar. O no pondera en toda su im-

portancia. Lo más determinante es que ahora tiene oposición. Mientras se mantuvo rampante el felipismo, con los nombres absolutamente desprestigiados de González en primer lugar y su desacreditada tropa de fracasados: Borrell, Almunia, Benlloch y demás colegas encenegados, el Partido Popular anduvo tranquilo sin obstáculos importantes ni estorbos graves en su camino de rosas. Enfrente no tenía nada que le incordiasse seriamente, que pudiera disputarle la mayoritaria adhesión popular.

La aparición en en la escena política del señor Rodríguez Zapatero no inquietó a José María Aznar. En realidad, se trataba de un personaje poco conocido por las gentes, que parecía llegar condicionado por la sombra rebequiniana de Felipe González. No ha sido así. El nuevo líder del PSOE está acreditando excelentes formas, buena capacidad para la polémica, imagen atractiva y convincente. Por eso yerra el PP al subestimar tales condiciones, al no reconocerle cate-

goría. Más le valdría a los populares mirarse en su propio ejemplo: tampoco, Felipe valoró la fuerza de Aznar cuando, tan inédito en la política nacional en sus comienzos como lo ha sido Zapatero en los suyos, ironizó sobre su rival. Así le fue.

El periplo de José María Aznar al frente de la Unión Europea le ha valido un indudable prestigio internacional; hoy se le acepta como político de auténtica categoría y se le respeta y admira en los foros comunitarios. Sin embargo, tuvo que pasar entregado a Europa le distanciaron de la realidad española, a la que volvió menos centrado, menos seguro que antes. Además, tuvo que enfrentarse con nuevos y difíciles problemas. Uno de ellos, el de la agresividad marroquí. En pleno periodo electoral Mohamed VI está basando el afianzamiento de su trono en una campaña antiespañola, de la que el episodio del islote de Perejil fue su primer capítulo. Ahora insiste el rey moro en la absurda reivindicación de Ceuta y

Melilla, tan españolas. Su ministro de Exteriores desaira por dos veces a su colega Ana Palacio, y la reacción de Aznar consiste en postular la que llama fórmula política de las tres pes: "Prudencia, paciencia y perseverencia". Bueno, como frase queda muy bien, lo que no está demasiado claro es que si, frente a la histórica doblez de los marroquíes, taimados, ladinos, sinuosos, impostores, no sería también recomendable una respuesta más enérgica, menos contemplativa. Pero una de las características de Aznar es su rechazo de las actitudes tajantes. Su carácter frío, su dominio de las emociones, su racionalidad, le llevan a preferir los estrictos métodos legales y el diálogo a cualquier postura de fuerza. Ciertamente esa serenidad suya, ese talante tan alejado de la visceralidad típica de los españoles, ha sido causa, en buena medida, de sus éxitos políticos. Aznar nunca entusiasma, pero suele convencer. Ocurre, sin embargo, que hay momentos en que resulta indispensable el ejerci-

cio pleno del poder, sin encorsetarlo en escrúpulos legalistas ni utopías conciliadoras. El ejemplo del País Vasco resulta, a estos efectos, harto elocuente. Durante demasiados años los gobiernos de la democracia, desde los de UCD hasta los del PP, pasando por los del PSOE, se aferraron a los preceptos constitucionales, al Estado de Derecho, a la conveniencia del diálogo, para oponerse a la ola de crímenes y su consecuencia, la conversión de las Vascongadas en unas provincias aterrorizadas, sin libertades, dominadas por el miedo. Mucha "enérgica condena" y una constante apelación a los "cauces estrictamente legales" sólo sirvieron para que la situación fuese empeorando hasta llegar a límites insostenibles.

Cuando, de verdad y en serio, se han puesto en marcha efectiva los mecanismos "estrictamente legales", se ha aprobado la Ley de Partidos y el juez Garzón ha demostrado que el Código Penal sirve para algo, las cosas comienzan a mejorar. Al menos, queda constancia de la ilegalidad de Batasuna, de la pacata connivencia del PNV con los etarras, de que en lo que llaman "Euzkadi" se vive, lo dije hace dos semanas, en un estado de excepción no declarado pero real. Entonces ¿por qué tardó en afrontarse el problema sin paños calientes ni declaraciones enfáticas? ¿Por qué estas medidas tan legítimas duras no se adoptaron años atrás?

Marruecos y el País Vasco son dos cuestiones que enrarecen el clima político. La sucesión de Aznar, puro misterio, no favorece en absoluto al presidente. Hechos sacados de quicio como la innecesariamente solemne boda de su hija, menos todavía. Los cambios en el gobierno, sin duda perjudiciales para el futuro de algunas comunidades, han desorientado a la opinión. Todo ello se está reflejando en las encuestas, en el descenso estimativo del PP y la correspondiente alza socialista.

¡Ojo, señor Aznar! La soberbia es peligrosa en política. No basta con hacer las cosas bien. Hay que ofrecerlas a los ciudadanos con humildad. Y nunca desmerecer al adversario.

La Constitución no ha muerto

Antonio J. Ubero



No señor Anguita, no tiene usted razón. La Constitución española no ha muerto, está más viva que nunca porque es la mejor Ley a la que puede aspirar una sociedad esclerotizada y casi en agonía. Una Constitución imperfecta y anticuada para una sociedad imperfecta e indolente. El estado del bienestar nos ha proporcionado ese conformismo dominguero de tortilla de patata y el 'yo salgo aunque caigan chuzos de punta'; una sociedad cada vez más desculturizada, americanizada, en la que la familia sólo es un aspecto y no una institución, desleal, indiferente y envidiosa hasta la náusea no necesita una Constitución como la que pretende Julio Anguita, en la que prevalezca la razón sobre la testosterona, el diálogo sobre 'mis cojones' y las necesidades reales sobre los intereses bastardos. Eso es imposible en una España que no tiene conciencia de tal; en donde impera el municipalismo, como concluyera

el entrañable Brennan en su elocuente ensayo 'El laberinto español'; en donde la libertad de expresión se ejerce en las asambleas de la comunidad de vecinos, la de reunión en el fútbol y la de libre asociación en las cofradías de Semana Santa y asociaciones de festejos varios. Y, por supuesto, los asuntos trascendentales son los que afectan a uno mismo, elevando a la categoría de máxima el individualismo formal que no antropocentrismo humanista. En una España donde la conciencia social es casi un vestigio, patrimonio de minorías, pensamiento clandestino y de periferia, no se puede pretender adaptar la Ley de Leyes a esa racionalidad porque nadie lo aceptaría: la nuestra es una Constitución de masas y no se puede convertir en algo elitista por mucho que las figuras que sólo vemos algunos en el sistema político y social de España clamen un cambio radical en nuestra dirección. Eso, señor Anguita, es hoy por hoy en esta nuestra patria espuria y, por desgracia, una simple quimera.